

Postrado aquí á los pies de Jesucristo crucificado, le pediré con todo el sentimiento de mi alma perdón: de tantos pecados, de tantos extravíos, de tantas debilidades, proponiéndome no volver más á cometerlos; le suplicaré ofrezca por mí á su eterno Padre el abismo de dolores y oprobios á que con tanta generosidad se entregó por mi salvación. Os diré por fin, oh Señor, con San Agustín: *Domine, etsi ego commisi unde me damnare potes, tu non amisisti, unde salvare soles*; y con San Bernardo: *Da misericordiam misero pœnitenti, qui tandiu pepercisti peccatori*.

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO. — *Gran número de mis propios pecados.* Después de haber considerado el único pecado, y tan severamente castigado, de los ángeles rebeldes, de Adán y de muchos condenados, pasaré á considerar ahora el número casi infinito de mis crímenes. Pecados de todos los tiempos: en mi infancia, en mi juventud, en la edad madura ¿qué uso hice yo de todos los dones de naturaleza y de gracia que recibí del Señor? Pecados de todos los lugares: en la casa paterna..... ¡Ah, hasta en vuestro templo, oh Dios mío, encuentro el amargo recuerdo de mis pecados! «¿Dónde, Señor, y cuándo, dice San Agustín, he sido inocente en vuestra presencia?» Pecados de todas las circunstancias y pasos de mi vida; pecados de todos mis sentidos y de todas mis facultades!.... En el regocijo y en el dolor, en la prosperidad y en la adversidad..... Siempre pequé..... de todo he abusado de la manera más inicua: *Confiteor Deo..... quia peccavi nimis*.

PUNTO SEGUNDO. — *Horrible fealdad de estos pecados en sí mismos.* Pecando yo me rebelé contra el Todopoderoso; ¿qué audacia! Desprecié todas las perfecciones de Dios; ¿qué impiedad! He preferido la muerte á la vida, el infierno al Cielo, Satanás á Jesucristo! ¿Qué degradación! ¿qué locura!

PUNTO TERCERO. — *Malicia de estos pecados respecto del que los ha cometido.* ¿Qué es el hombre? ¿qué son todos los hombres comparados con un ángel?... ¿qué todos los ángeles comparados con Dios? ¿Y yo..... ¿qué soy en presencia de

esa infinita Majestad? ¿Osaré resistirle cara á cara!.... Como cristiano mis pecados debieran inspirarme mayor horror..... ¿Quién podrá reconocer en mí la vida de Jesucristo cuando peco? ¿Y qué habrá que decir cuando se me considere como sacerdote, es decir, como el hombre de Dios, como el ángel del Señor?....

#### MEDITACIÓN XL

Repetición de las meditaciones precedentes

*Motivos que deben llenarnos de horror hacia el pecado*

Todos los motivos de arrepentimiento y de dolor contenidos en las meditaciones precedentes de los pecados, pueden resumirse en tres palabras: *contar, pesar y medir*; *contar* la muchedumbre de los pecados que he cometido; *pesar* su gravedad en las consecuencias consiguientes; *medir* su extensión por la malicia y perversidad que encierran:

#### PUNTO I

*Contar la multitud de mis pecados*

Recordando y repasando en mi memoria todos los pecados que he cometido en las diferentes edades, en los diversos lugares, posiciones y circunstancias en que me he encontrado durante mi vida, fácil me será, con la gracia de Dios, concebir y sentir un vivo horror de todos ellos por medio de las reflexiones siguientes:

1.º Si un solo pecado grave merece el infierno: *satis est peccasse semel ad fletus æternos* (1), ¿cuántos infernos habrá merecido el que ha cometido tan gran número de esos pecados de los cuales quizá no conozca sino la menor parte?

2.º Lucifer era en el Cielo un prodigio de hermosura. Por un solo pensamiento de soberbia que no

(1) San Bernardo.



duró sino un instante, se trocó en monstruo tan espantoso que uno de los mayores tormentos de los réprobos, según el sentir de los Santos, es el de tener que contemplarle eternamente ¿quién podrá soportar la vista de un alma, y sobre todo, la de un sacerdote, manchada, llagada por toda clase de pecados, muchos de ellos reiterados? Una gota de ese veneno, cayendo sobre el ángel, obra magnífica del Criador, vaso de gloria destinado para ornamento del cielo, le ha desfigurado de tal modo que ha hecho de él un vaso de ignominia y de ira que Dios ha quebrado y arrojado á lo más profundo del abismo; si este mismo veneno ha caído sobre mi alma, y no una gota solamente, sino con la abundancia de un torrente..... ¿cuál será mi degradación, cuál mi espantosa deformidad, y qué furor no habré encendido contra mí en el corazón de Dios, tres veces santo!

3.º Si toda desobediencia á la ley del Señor es una injuria que se hace á cada una de sus infinitas perfecciones, una herida que se hace á su Corazón..... ¡ah, qué de ultrajes ha recibido de mí! ¡cuántas veces he llagado su Corazón adorable, yo que le debía tanto agradecimiento, respeto y amor!

4.º Si cada pecado mortal es una cadena que me sujeta al demonio, un derecho que adquiere sobre mí para tratarme eternamente como su esclavo y su víctima ¿cuál no sería el imperio que ese cruel enemigo de las almas tendría sobre mí, con cuántas cadenas no me tendría uncido á su carro de triunfo, en la triste hipótesis de que no alcanzase yo el perdón de mis pecados?

5.º Si, en fin, por cada pecado he contraído para con la justicia divina tan enorme deuda que sólo la penitencia y la satisfacción de un Hombre-Dios puede descargarme de ella, sólo la sangre del Cordero sin mancha logra pagarla..... ¿no debo temer que me traten como un deudor insolvente, y me condenen á las tinieblas exteriores, donde no habrá sino llanto y rechinamiento de dientes?

## PUNTO II

### Pesar la gravedad de mis pecados

Si espantosa es la muchedumbre de mis pecados, no lo es menos su gravedad. Tomando en la mano la balanza de la santidad, y ajustando mis pensamientos á los de Aquel cuyos juicios son justicia y verdad, pesaré las consecuencias que atraen los pecados del sacerdote..... los míos. El agravio horrible que he hecho á Dios, despreciándole hasta tenerle en mi estimación en menos que la vil satisfacción que promete el pecado, representándolo tan mal ante mi pueblo, haciendo tan indignamente traición á su causa. El agravio que he hecho á la Iglesia triunfante privándola de la alegría que esperaba de mi piedad y de mi celo, de mis ministerios santamente cumplidos. ....El agravio hecho á la Iglesia purgante que no ha recibido de mí los sufragios y consuelos á que estaba obligado; á la Iglesia militante, á la que he deshonrado con mi conducta, profanando quizá los Sacramentos, escandalizando á los niños..... El agravio que he hecho á tantas almas que tenían derecho á mi mediación, á mis trabajos, á mi sacrificio que con tan poco trabajo hubiera podido hacer. Pesaré en fin, el mal que yo me he hecho á mí mismo; pues todo lo he perdido: mi dignidad, la paz de mi alma, mi libertad, la amistad de mi Dios, mis méritos, mi alma..... he atraído sobre mí todas las desgracias..... ¡Ah, si hubiese muerto en el triste estado en que el pecado me había reducido..... ¡todo estaba perdido! el cielo me hubiera sido cerrado para siempre, mi cuerpo y mi alma entregados á los tormentos eternos.

Mientras hago esta meditación me representaré en el infierno á un sacerdote á quien Dios condenó después de cometido un solo pecado mortal. Había recibido menos gracias que yo, y estaba adornado de grandes virtudes en que perseveró largo tiempo. Si la muerte le hubiese herido algunos días, algunas horas antes, le hubiera colocado en compañía de



los ángeles, en lo más elevado del Cielo; le hubiera sumergido en un océano de delicias..... y hélo ahí por el contrario abismado en un océano de espanto sas llamas! ¡Hélo ahí entre los demonios, y su ocupación por toda la eternidad será la de blasfemar contra Dios y maldecirse á sí mismo!..... ¡Tal es la obra de un solo pecado! ¡Y el que así castiga es un Dios infinitamente bueno y misericordioso, que amaba á ese desgraciado sacerdote más que una madre á su único hijo. *O altitudo sapientiæ Dei!* (1).

¡Oh, Dios mío! Si me hubieseis citado á vuestro tribunal la primera vez que tuve la desgracia de ofenderos mortalmente, sufriendo todo el peso de vuestra terrible venganza, me vería obligado á reconocer vuestra justicia: *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum* (2). Y sin embargo ¡con qué paciencia me habéis esperado por tan largo tiempo cuando el interés de vuestra gloria que yo ultrajaba, vuestra gracia que yo despreciaba, la salud de las almas á quienes escandalizaba: todo clamaba venganza contra mí! ¡Con qué bondad me habéis sufrido, oh Dios de mi corazón, dejándome la vida y dándome no solo medios de aplacar vuestro justo enojo sino también, lo que es más admirable todavía, de poder merecer la vida eterna! *Confitebor tibi, Domine, Deus meus, in toto corde meo, et glorificabo nomen tuum in æternum. Quia misericordia tua magna est super me, et eruisti animam meam ex inferno inferiori* (3).

### PUNTO III

Medir la extensión de los pecados por su malicia y perversidad.

Si me pongo á considerar la malicia de mis pecados y la perversidad que entrañan, encontraré por todas partes lo infinito. Porque, en primer lugar, es necesario que los mida comparándolos con la grandeza de Dios á quien he ofendido. *Quis ut Deus?*.....

(1) Rom., XI, 33.

(2) Ps. CXVII, 137.

(3) Ps. LXXXV, 12, 13.

con la grandeza del bien que le he arrebatado ó he querido arrebatarle: le he quitado su gloria, despreciándole; he querido privarle de su santidad, su justicia, su inmensidad..... todos los atributos que me turbaban en el acto del pecado; es decir, que he querido aniquilar su sér: *Peccatum, quantum in se est, Deum perimit* (1). Es necesario, en segundo lugar, que los mida comparándolos con los beneficios divinos que he recibido. Cada uno de esos beneficios era infinito: infinito en el motivo que movía á Dios á concedérmelo que era su amor; infinito en la felicidad que era el fin ¿qué es lo que deseaba mi adorable bienhechor sino conducirme á la suprema y eterna dicha? Es necesario en fin, que los mida con los crueles sufrimientos y oprobios de Jesucristo. ¡Ay, por mis pecados he hecho inútiles para mí los méritos de su muerte, he derribado su Cruz!.... ó más bien la he vuelto á levantar esta Cruz dolorosa é infamante para enclavar de nuevo en ella á mi adorable Redentor: *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes* (2).

(Se termina la meditación con el triple coloquio de la meditación XVIII, pág. 161 y 162).

### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contar la multitud de mis pecados.* Si toda culpa mortal merece el infierno ¿cuántos infiernos merezco yo? Si Lucifer, prodigio de hermosura, pecando una sola vez se trocó en un monstruo tan horrible ¿cuál será mi deformidad? Si toda desobediencia hecha á Dios es una herida que se le infiere á su Corazón ¿cuántas heridas no le hice yo?... ¡Yo que debiera amarle tanto! Si cada pecado mortal es una cadena con que el demonio me sujeta ¿cuál será el dominio que él ha llegado á tener sobre mí? Por último, si cada pecado mortal es una deuda que se contrae para con la justicia divina ¿mis innumerables pecados no me habrán hecho ya un deudor insolvente condenado á las tinieblas eternas?

(1) San Bernardo, Serm. 3, *in die Pasch.*

(2) Hebr., VI, 6.



PUNTO SEGUNDO.—*Pesar la gravedad de mis pecados.* Debo considerar el ultraje que hice á la gloria de Dios, posponiéndole á lo que hay de más vil.... y además, como sacerdote, habiéndole representado tan indignamente.... El ultraje que he inferido á la Iglesia triunfante, purgante y militante. El ultraje que me hice á mí mismo perdiéndolo todo y atrayendo sobre mí los mayores castigos....

PUNTO TERCERO.—*Medir la extensión de mis pecados por su malicia y perversidad.* Aquí todo lo que yo encontré es infinito, porque me es forzoso medir mis pecados con la grandeza y las perfecciones de Dios á quien he ofendido. Con los beneficios que de Él he recibido. Con los sufrimientos y los oprobios de Jesucristo; porque, por cuanto estubo de mi parte, quise destruir y anonadar los merecimientos de su muerte y reiterar su Pasión.

## MEDITACIÓN XLI

### *Fuente de nuestros pecados. Las pasiones*

I. Debemos temer todas las pasiones, porque todas nos arrastran al pecado.

II. Principalmente hemos de temer las que se disfrazan con el manto de la virtud, porque nos conducen á los últimos excesos del pecado.

Jamás alcanzaremos la eminente pureza que es el timbre y la gloria del sacerdote y le prepara á la vez su felicidad, si nuestro odio al pecado no se extendiese hasta sus causas. Es preciso que nos remontemos hasta los manantiales de los ríos si queremos secarlos.

### PUNTO I

**Debemos temer todas las pasiones, porque todas nos hacen caer en desgracia de Dios ofendiéndole**

En efecto, estas nos engañan, nos lisonjean, nos tiranizan, y de ese modo nos hacen caer primero y perseverar luego en el triste estado de la culpa.

1.º Así como las nubes ofuscan la hermosura del sol, las pasiones desarregladas obscurecen la luz de

la fe y de la razón. ¿Qué no le diría á Caín la inocencia de Abel, la voz de su sangre?... ¿Qué no aconsejarían á los infames viejos de Babilonia que atentaron á la castidad de Susana sus niveas canas y su dignidad?... ¿Qué no inspiraría á Judas la dulzura y las palabras de Jesús?... Qué no dirá al sacerdote la dignidad de que está revestido, la veneración de que es objeto, la moral santa y pura de la cual es pregonero, las funciones que desempeña, el hábito que lleva?... Mas, es verdad muy triste que cuando la pasión se apodera de un alma la cubre con tinieblas tan densas que le impide hasta la vista del sol: *Super cecidit ignis, et non viderunt solem.* (1).

Toda pasión tiene su origen en el amor inmoderado de sí mismo; y en todo lo que nos lisonjea y halaga el amor propio se esfuerza por persuadirnos que no hay mal alguno: *Quodcumque volumus sanctum est* (2). Siempre se halla alguna excusa, y si no la hay la misma pasión con su violencia nos sirve de pretexto.... Entretanto, no deja de alumbrar nuestra mente algún rayo de luz que nos obliga á ver más de lo que quisiéramos; pero entonces también nuestra maldad se esfuerza para no ver y se resiste á aquella hermosa claridad. Bien es verdad que casi nunca la obcecación es absoluta y que siempre le queda al alma, por decirlo así, un ojo de reserva, ó al menos, un ojo entreabierto que á despecho de la pasión ve la ley que manda y el delito que la infringe, y el suplicio que la ha de vengar.

2.º Las pasiones nos lisonjean, y con las dulzuras que nos prometen seducen el corazón y arrastran nuestra voluntad; en vano clama la razón, la conciencia grita, Dios amenaza, á nadie se oye. La fantasía se enciende y exagerándonos el placer hace que olvidemos sus consecuencias, y nos precipita en el abismo. ¡Ah Dios mío! yo evitaré esta desgracia si desde el principio sé rechazar el falaz atractivo de la pasión. Ya sé que para ello

(1) Ps. LVII. 9.

(2) San Agustín.



necesito emplear grandes esfuerzos, pero tampoco ignoro que si mi voluntad es sincera, vuestra gracia, Dios mío, me sostendrá, haciéndome triunfar de mi corazón, único enemigo que encierro en mi pecho; porque nada pueden contra mí todos los demonios si yo no les deparo las armas con que pueden vencerme: quedarán vencidos siempre que yo sepa vencerme antes á mí mismo.

3.º Las pasiones me tiranizan: ¡Ay de mí si llevo á condescender con ellas! Esto equivale á acrecentar su poder, á embravecirlas, á hacerlas exigentes, imperiosas, á debilitarme á mí para hacerlas más fuertes á ellas. En efecto, si cedo á sus primeras sugerencias, pronto no sabré resistir y oponerme á ellas, y esas viles complacencias se convertirán para mí en un hábito que como cadena de hierro estrechará mi voluntad, como lo deplora San Agustín, enseñado por experiencia propia: *Ligatus eram ferrea mea voluntate* (1). ¡Dios mío! qué estado tan lastimoso no es este para un ministro del Señor, debiendo enseñar á sus hermanos el arte de combatir las pasiones, se ha hecho esclavo de las suyas! ¡Ay! él las satisface; mas ¿satisface con esto á su propia alma? ¿qué ha ganado con satisfacer la pasión si tiene el alma atormentada, agitado el espíritu, desgarrado el corazón? *Tribulatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum* (2). Y esto para el hombre en general, *hominis*; mas si este hombre es un sacerdote ¿no será acaso la vergüenza más bochornosa, el remordimiento más agudo, la tribulación y el quebranto más desgarrador? ¡Ah! estemos muy sobre aviso, guardémonos bien de nuestras pasiones todas, ya que hemos visto á qué triste fin nos conducen.

(1) San Agustín.

(2) Rom., II, 9.

## PUNTO II

Entre todas las pasiones, las más terribles son las que se disfrazan con el manto de la virtud, porque nos arrastran hasta los últimos excesos del pecado

Las pasiones se disfrazan ó para esconder la culpa, ó para multiplicarla, ó para mantener al culpable en su pecado.

1.º El pecado clara y abiertamente conocido siempre será odioso al mismo que lo comete, porque la conciencia se lo representará incesantemente como contrario al orden, á la razón, á la ley de justicia grabada en nuestros corazones; y si se torna odioso al que lo comete ¿cómo no lo será para los que lo presencian? Pues bien, para sustraerse al rubor y al odio la pasión intenta encubrirse. ¿Quién habría creído jamás que Judas quisiera pasar por el abogado de los pobres? ¿Quién vislumbrará la avaricia bajo el manto de la caridad? «¿Por qué tal despilfarro, exclama Judas? ¿no sería mejor que este unguento se vendiese á un precio muy subido y se repar-tiese el dinero entre los pobres?» Hé aquí el lenguaje de la avaricia. Pues este velo por lo mismo que se emplea para ocultar una culpa, constituye un nuevo crimen. Pero, por lo mismo que una pasión encubierta no es más que una pasión doblemente criminal, Dios la castigará doblemente, á saber: como pasión y como hipocresía.

2.º Además, las pasiones se empeñan en ocultarse para multiplicar la culpa; porque es muy raro que una pasión manifiesta no venga á ser coartada ó al menos se ruborice cuando obra el mal; pero si logra encubrirse, entonces ya no hay dique ni mano que la detenga hasta caer en los más horribles excesos. Cuando el enemigo amenaza públicamente, el peligro es menor; pero es muy de temer cuando conjura en las tinieblas y ocultamente. De este modo los fariseos, encubriendo su envidia y su odio contra Jesús con un celo exterior para el bien público y por la religión, fueron amontonando una sobre otra



las iniquidades, hasta llegar al horrendo crimen del deicidio. ¡Dios mío! ¡qué de abominaciones no comete una vergonzosa pasión, cuando después que se ha introducido en el santuario, logra ampararse bajo el velo de la gravedad, de la devoción y tal vez de la piedad! Si un sacerdote indigno no ostentase alguna apariencia de virtud, no se impondría á nadie y tan sólo lograría dañarse á sí mismo; quizá los remordimientos serían capaces de curarle; mas, cuando peca bajo el manto de la fe, y casi al abrigo y amparo de una devoción disfrazada y de un celo aparente..... ¡quién le impedirá multiplicar sus crímenes, y al mismo tiempo reposar tranquilo en esa fatal desgracia!

3.º Por último, las pasiones quieren encubrirse para hacer al pecador empedernido en su pecado. ¡Qué mañas y artificios no se emplean para esconder á los ojos de los hombres la brutalidad y el desorden de ciertas pasiones! Mas ¿podrán, Dios mío, ocultarse á vuestros ojos, que están siempre en vela y ven hasta lo más secreto de nuestro corazón? ¿Podrán evitarse los azotes de vuestra justicia siempre armada para castigar el pecado?.... Sucede también que cuando los hipócritas esfuerzos son impotentes para impedir que el desorden interior se trasluzca al exterior, se trabaja para sofocarlos con una fatal serie de imprudencias. Vedlo en Judas.

El triste presagio y declaración de Jesús que uno de sus Apóstoles está á punto de entregarle, es un golpe tan terrible que aturde y llena de consternación á los comensales. Cada cual reflexiona y se dice á sí mismo: «El que esto ha dicho es Dios que no puede equivocarse ni mentir.» Y cada cual teme por sí, cada cual interroga á su propia conciencia; nadie está seguro. Tan sólo el pérfido Apóstol, si bien está cierto de que aquellas palabras van dirigidas á él, y que más que ninguno debía estar aterrorizado, es el único que parece no hacer caso, y agregando el insulto á la audacia, le pregunta friamente: *Numquid ego sum, Rabbi?* Este es el carácter de las pasio-

nes en general; pero hay una que es todavía más impudente que las demás, la impureza. La mentira, el engaño, el perjurio, el sacrilegio están por decirlo así á sus órdenes. Por ventura está uno persuadido de ello, y sin embargo no cesará de repetir: «*Numquid ego sum?*» ¡Ah! demasiada verdad es que esta pasión tan horrible toma á veces un aspecto tan descarado, que basta por sí solo para darla á conocer.

Lloremos amargamente sobre las ruinas que han producido en nosotros nuestras pasiones. Reconozcamos sus frutos en el número casi infinito de pecados que hemos cometido, y deploramos la imprudencia con que nosotros mismos los hemos corroborado.

San Antonio compara nuestras pasiones con la fiebre que invadió á la suegra del príncipe de los Apóstoles: *Febris nostra avaritia est; febris nostra libido est; febris nostra luxuria est; febris nostra ambitio est; febris nostra iracundia est* (1). Con todo, Jesús entra también en la casa de esta enferma y la cura. ¿Por qué pues, no nos prepararemos para recibir en nuestro corazón á este médico adorable, pidiéndole que ostente su poder y su bondad, concediéndonos la salud, la cual al paso que tornará de mucha gloria para Él, será de mucho provecho para nuestras almas?

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Todas las pasiones son temibles, porque todas nos conducen al pecado.* 1.º Engañándonos. Como las nubes obscurecen la claridad del sol, así las pasiones obscurecen la luz de la fe.... Nos hacemos ilusión y no quisiéramos ver el mal en aquello que halaga á la pasión.... Mientras tanto, vemos más de lo que quisiéramos; pero la iniquidad hace que cerremos los ojos á la luz. 2.º Halagándonos. Mediante los consuelos que nos prometen, seducen el corazón y enervan la voluntad.... ¡Ah, cuán importante es resistir desde un principio á los halagos de la pasión! 3.º Esclavizándonos. Si tuve la debilidad de hacerles

(1) Libr. IV in Luc. IV.



alguna concesión, acrecenté su poder..... me he quitado á mí mismo la fuerza que les he concedido..... bien pronto mis debilidades y complacencias se convierten en hábito, y el hábito es como una cadena de hierro que no se sabe hasta dónde nos podrá arrastrar.

PUNTO SEGUNDO.—*De todas las pasiones las más terribles son las que se disfrazan: ya para tapar y ocultar el pecado, ya para multiplicarlo, ya para confirmar al culpable en su crimen. La pasión se disfraza para ocultarse á la vergüenza y al temor que siempre acompañan al pecado. ¿Quién creyera que Judas quisiera pasar por abogado de los pobres? «¿Por qué no se vende ese bálsamo para repartir su precio entre los pobres?» Encubriendo su envidia bajo el disfraz del celo por el bien público y la religión, llegaron los fariseos de uno en otro crimen, hasta la monstruosa iniquidad del deicidio. Las pasiones se disfrazan además para confirmar al pecador en sus crímenes. ¡Cuántos artificios, cuántos ardides y engaños pone en juego la pasión para borrar á los ojos de los hombres lo que el pecado tiene de horrible y repugnante! A veces para ahogar los remordimientos se cae en la más desvergonzada osadía. ¿Quién hubiera creído que Judas se atreviese á hacer tan atrevida pregunta: Maestro ¿seré yo el que os hará traición?*

### MEDITACIÓN XLII

*La soberbia, principio de todo pecado (1).*

I. Por qué Dios odia la soberbia más que todo otro vicio.

II. Razones particulares que nos han de mover á odiarla de la misma manera.

El hombre peca ó por huir de alguna pena ó por procurarse alguna satisfacción; de aquí que el pecador siempre se prefiere á Dios, y quien le inspira este acto de rebeldía es la soberbia que le impele á gritar: *Non serviam* (2). Declaremos pues, guerra sin cuartel

(1) (Eccli., X, 15.)

(2) Jerem., II, 20.

al vicio más detestable: *Odibilis coram Deo est et hominibus superbia* (1).

PRELUDIO PRIMERO.—Imagínese á Jesucristo escuchando á los Apóstoles que se disputan la primacía. Les presenta entonces un niño diciéndoles: «Si no os hiciereis como este niño no entraréis en el reino de los Cielos.»

PRELUDIO SEGUNDO.—¡Oh Dios mío, gloria de los humildes, fuerza de los débiles, dadnos sentimientos que convengan á nuestra pequeñez y á vuestra soberana grandeza!

### PUNTO I

Por qué odia Dios la soberbia más que todo otro vicio

San Agustín nos da la razón diciendo que este vicio atenta contra Dios más que otro alguno y quisiera, en cuanto de él depende, derribarlo de su trono, atentando á su misma inmortalidad, y negando osadamente los atributos más esenciales de su divinidad. Por eso cuadra al soberbio más que á ningún otro el dicho de San Bernardo: *Quantum in se est, Deum perimit*. Y á la verdad, para un hombre dominado por esta pasión Dios «ya no es el primero y el último», el principio y el fin, el soberano Señor de todas las cosas: *Mea sunt omnia*. El soberbio no hace más que gloriarse de sus prendas reales ó pretendidas, como si no las debiese sino á sí mismo: en vano San Pablo le echa en cara: *Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non accepisti?* (2). Dios ya no es para él la fuente adorable de donde brotan todos los bienes: *Ego sum alpha..... Ego sum primus*. Además, el soberbio lejos de referir á Dios y á su gloria cuanto dice y hace..... lo refiere todo á su propia gloria, y no quiere alabanza sino para sí. Dios ya no es para él ese fin último al cual, como los ríos al mar, deben volver todas las

(1) Eccli., X, 7.

(2) I Cor., IV, 7.